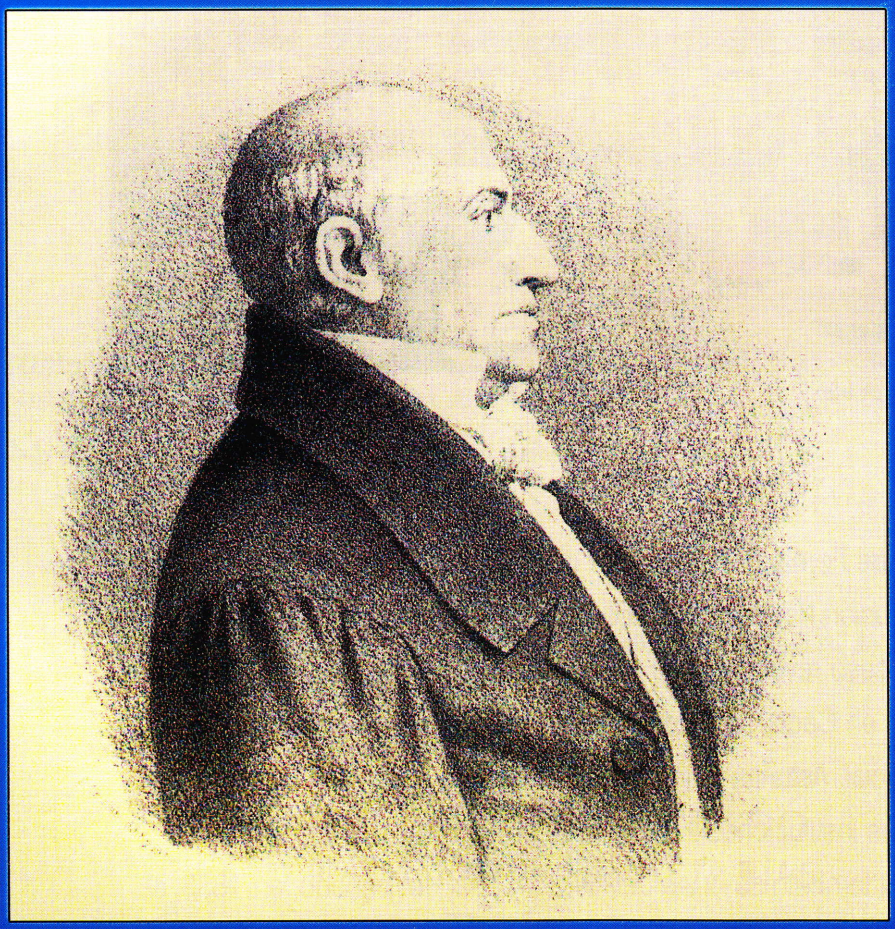
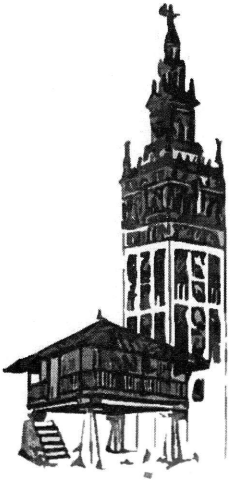
Día de Asturias en Sevilla 2011



JOVELLANOS

200 ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO



El Presidente y la Junta Directiva del

Centro Asturiano en Sevilla

se complacen en invitarle a la mesa redonda

CUBA HOY

Participantes:

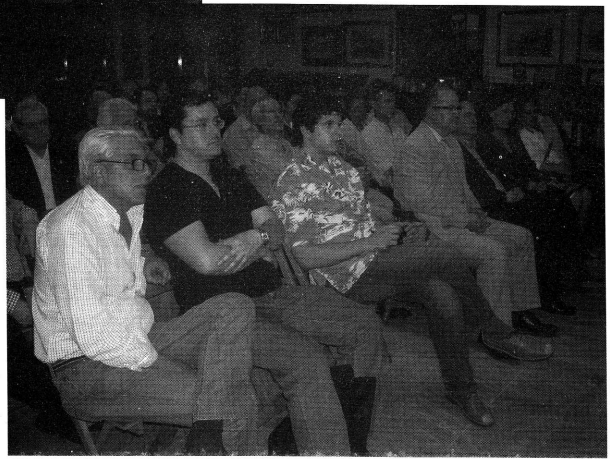
María Luisa Laviana Cuetos
Historiadora, investigadora del CSIC

Jose Antonio Mesa García
Médico, director del Aula Cultural Astursevillana

Ricardo Rodríguez González
Cónsul General de Cuba en Andalucía y Extremadura

Jueves, 7 de Abril de 2011. Hora: 20,30. Entrada libre.
Lugar: Sede Social Centro Asturiano. Avda. Ciudad Jardín, 75 - Sevilla.

Finalizado el acto se servirán productos asturianos acompañados de sidra y vino español.



Cuba en el Siglo XIX: La Lucha por la Independencia

María Luisa Laviana Cuetos

Mis primeras palabras son para agradecer al Centro Asturiano de Sevilla que me haya invitado, una vez más, a participar en sus actividades, algo que siempre acepto con mucho gusto pero, sobre todo, con mucha emoción porque para mí este Centro está indisolublemente unido al recuerdo de mis padres, que desgraciadamente ya no están con nosotros, aunque de alguna manera sí están.

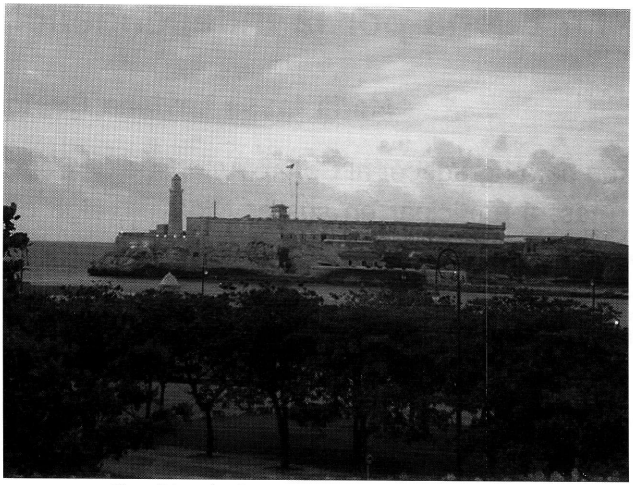
Agradezco también y felicito al Centro Asturiano por abordar su programación cultural con una perspectiva tan amplia e integradora que el interés por Asturias y lo asturiano, lejos de cerrarse en localismos, conduce a una mirada abierta al mundo. En esta ocasión nos hemos reunido para hablar sobre «Cuba hoy», que es casi lo mismo que decir «Cuba siempre», y sin embargo, o precisamente por eso, a mí se me ha pedido que intervenga en primer lugar y hable de «Cuba ayer», a modo de antecedente o introducción histórica, ya que soy historiadora. Como la intervención deberá ser muy breve, creo que lo mejor será que me centre sobre todo en el período que considero esencial para la formación de la nación y hasta la identidad cubana, es decir la lucha cubana por la independencia política, que como saben es un largo proceso que abarca prácticamente todo el siglo XIX, durante el cual y una vez producida la emancipación de casi toda Hispanoamérica, se va agudizando el anacronismo representado por la pervivencia del régimen colonial en la isla.

El conocido historiador cubano Manuel Moreno Fraginals, autor de *El ingenio*, entre otras inolvidables obras, asegura que «Cuba nunca fue para España una colonia típica» y que en la relación Cuba-España no se cumplía ninguna de las llamadas leyes económicas del colonialismo.[1]

---

1 Moreno Fraginals, Manuel: Cuba/España. España/Cuba. Historia común. Barcelona: Crítica, 1995. Los siguientes párrafos se basan en esta obra, así como en la breve síntesis de la evolución histórica de la Cuba colonial que el profesor Moreno hace en los capítulos «La Guerra de los Diez Años» y «Guerra en la paz» incluidos en la obra dirigida por Santos Juliá Memoria del 98. De la Guerra de Cuba a la Semana Trágica. Madrid: El País, 1997, págs. 5-10 y 37-42. Otras obras recientes que ofrecen una visión general de la historia de Cuba son, por ejemplo, las siguientes:

- Instituto de Historia de Cuba: Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales, 1868-1898. La Habana: Editora Política, 1996.
- Naranjo Orovio, Consuelo (coord.): Historia de Cuba, Madrid: CSIC, 2009.
- Torres Cuevas, Eduardo y Óscar Loyola Vega: Historia de Cuba, 1492-1898. Formación y Liberación de la Nación. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 2002.



Castillo de los Tres Reyes del Morro
Foto: Mª Luisa Laviana

En efecto, desde el mismo siglo XVI Cuba fue el primer enclave militar y naval de América. La Habana fue una ciudad moderna fuertemente fortificada, protegida por tres grandes fortalezas, dos castillos menores y una muralla, y en el siglo XVIII todavía se agregan otros tres grandes fuertes. El astillero de La Habana construyó gigantescos navíos de guerra, entre ellos el «Santísima Trinidad», que fue el mayor del mundo en su época. A comienzos del siglo XIX había 28 títulos de nobleza en poder de criollos cubanos, varios de los cuales fueron ministros del gobierno español. En esta época fueron frecuentes los matrimonios entre criollas y militares españoles, que aportaban hidalguía y «limpieza de sangre» y obtenían un alto nivel de vida y el acceso al poder local (en los libros parroquiales cubanos de los años anteriores a la guerra de 1868 aparecen más de 2.000 militares españoles casados con cubanas). La abundancia de estas uniones probablemente explique la ausencia en el habla popular cubana de términos despectivos para referirse a los españoles, a diferencia de México o Perú, que acuñaron para eso las palabras *gachupín* y *chapetón*, respectivamente.

En la primera mitad del siglo XIX los hacendados cubanos eran los primeros productores mundiales de azúcar y café y constituían el sector burgués más moderno de Hispanoamérica: ellos fueron los primeros que instalaron máquinas y buques de vapor, ferrocarriles (en Cuba desde 1837, en España desde 1848), telégrafos, teléfonos, luz eléctrica. Pero en contra de lo que cabía esperar en un sistema colonial, la producción cubana no se reprocesaba en la metrópoli sino en la misma Cuba; no se comercializaba a través de España sino directamente desde Cuba; no se transportaba en barcos españoles sino de cualquier nacionalidad; el sistema monetario español no era el dominante en las transacciones sino el dólar y la libra esterlina. En definitiva, el mercado español veía disminuir año a año su capacidad de compra y a fines del XIX adquiría menos del 6 % de toda la producción cubana, siendo los Estados Unidos el principal y

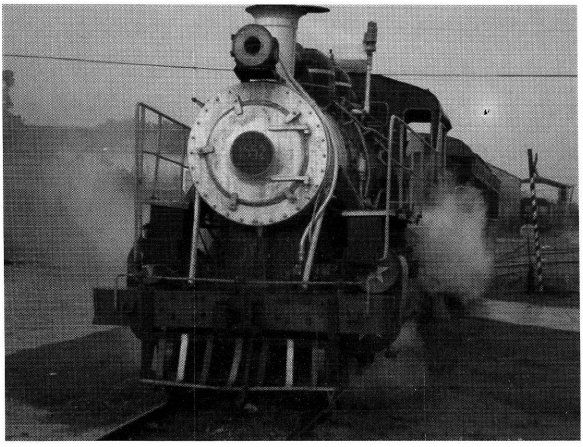
casi único mercado para Cuba: en 1894 absorbían el 91'5 % de las exportaciones totales de azúcar cubano.

Esta situación de colonialismo *sui generis* o atípico va cambiando a lo largo del siglo XIX, pues tras la pérdida del imperio continental americano (definitiva ya hacia 1825) influirá en la relación España-Cuba al permitir que la metrópoli volcara todo su poder militar y económico sobre las únicas posesiones que conservó en el Caribe (Cuba y Puerto Rico). Eso explica que si a comienzos del XIX los criollos cubanos poseían el 90 % de la producción azucarera cubana, en 1862 ya sólo controlaban el 30 %.

Durante los siglos anteriores los criollos habían compartido con los españoles la posición de clase dominante, y ello había permitido que en Cuba se fuera desarrollando de un nacionalismo sin odios. Sin embargo, las posiciones se van a ir radicalizando a medida que los criollos pierden poder económico y político frente a los españoles. Por otro lado, la proximidad de los Estados Unidos, con quien Cuba mantenía estrechas relaciones comerciales, facilitó el conocimiento de numerosos aspectos atractivos de la vida de ese país, como el ejercicio de la democracia, las elecciones periódicas, la política educacional, la elevada tasa de crecimiento económico... y todo ello, junto con el creciente consumo de productos cubanos, generó en parte de la clase media y alta de la isla una especie de anexionismo que se ha calificado como «idealista», aunque desde luego estaba también impulsado por unos intereses económicos muy concretos.

En resumen, a mediados del siglo XIX en la sociedad blanca dominante de Cuba existía un evidente antagonismo cubano-español, que se manifestaba sobre todo en la lucha por el poder político y se mezclaba a veces con manifestaciones anexionistas a Estados Unidos. Pero al mismo tiempo existía el antagonismo amo-esclavo, que engendró el enfrentamiento racial blanco-negro, y precisamente la división de la sociedad en dos sectores raciales opuestos contribuyó al incremento de la solidaridad entre los blancos, para quienes los negros eran un potencial peligro común.

En este contexto se produce la primera guerra abierta por la independencia, la guerra iniciada en 1868 y mantenida hasta 1878, aunque en realidad no culminará hasta 1895 cuando comience la última guerra, «la guerra de Martí», que acabará en 1898 y cuyos principales jefes militares serían veteranos de la contienda anterior. Sin duda esta larga lucha contribuyó a cohesionar la causa independentista y desembocó en la formación de un fuerte y auténtico nacionalismo



Tren a vapor en Trinidad
Foto: Mª Luisa Laviana

cubano que, entre otras cosas, hizo imposible que, al final del trágico ciclo, los Estados Unidos convirtieran a Cuba en una propiedad o un protectorado oficial al estilo de Puerto Rico. [2]

Porque en realidad en Cuba confluyen dos procesos: la lucha de los cubanos por su independencia y el interés de los Estados Unidos por su adquisición. Los esfuerzos independentistas de Cuba fueron, incluso en el tiempo, paralelos a los intentos norteamericanos por anexionarse la isla, intentos realizados simultáneamente en un doble plano: negociando su compra con el gobierno español (en repetidas ocasiones entre 1812 y 1897) y fomentando al mismo tiempo la insurrección de los cubanos, entre quienes durante muchos años tuvieron gran fuerza las tesis anexionistas. Pero mientras los Estados Unidos no veían en Cuba más que una inmensa fábrica de azúcar y un privilegiado enclave geográfico y buscaban su mera adquisición, los cubanos anexionistas veían en el tutelaje norteamericano la mejor garantía para el progreso de la isla y pretendían incorporarse a la Unión como un estado más y no como una posesión. La propia bandera de Cuba, que había sido diseñada por Narciso López en 1849, es un claro símbolo de ese deseo de integración: una sola estrella blanca sobre fondo rojo cruzado por rayas azules y blancas. Tan radical diferencia de criterio dio lugar a unas confusas relaciones entre los independentistas cubanos y los Estados Unidos, cuyos gobiernos favorecían o frustraban los planes separatistas de acuerdo con sus propios intereses. Por cierto, el expansionismo norteamericano no era, desde luego, ninguna sorpresa: en 1783, apenas producida la independencia de los Estados Unidos, ya el conde de Aranda recelaba de «la nueva potencia formada en un país donde no hay otra que pueda contener sus proyectos», y vaticinaba que «mañana será gigante y después un coloso irresistible en aquellas regiones».[3]

---

2 Laviana Cuetos, María Luisa: *José Martí. La libertad de Cuba.* Madrid: Ed. Anaya, 1988, págs. 32-34

3 Laviana Cuetos, María Luisa: *La América española, 1492-1898. De las Indias a Nuestra América.* En: Mangas, Julio y otros (coords.): *Historia de España.* Madrid: Historia 16 / Temas de Hoy, 1996, vol. 14, pág. 138. (También en: http://www.artehistoria.jcyl.es/histesp/contextos/7029.htm).

Al igual que las tesis anexionistas, también fracasaron las ideas autonomistas, sustentadas por los cubanos que no cuestionaban que la isla siguiera formando parte de España siempre que dejara de ser una colonia y tuviera un gobierno autónomo. La política de tolerancia iniciada en 1878 al concluir la guerra de los diez años permitió la formación en Cuba de un Partido Liberal o Autonomista, que llenó el vacío político dejado por los independentistas, dispersos por el exilio y divididos en pugnas personales. Pero si España pudo tener en los autonomistas su mejor oportunidad, no la supo aprovechar: el gobierno español, que era incluso reacio a considerar el problema de la autonomía de Cataluña y el País Vasco, desconfió siempre de los autonomistas cubanos, mostrando así una gran miopía política, de manera que se ha podido decir que quien más hizo para que Cuba se separara de España fue la propia España, «los desatinos de España», en palabras de Martí.

A fines del XIX la mayoría del pueblo cubano deseaba una independencia total y había abandonado definitivamente las ideas anexionistas y autonomistas: en gran parte ello fue obra de José Martí, que habló, escribió y luchó incansablemente para convencer a los cubanos de que «Cuba debe ser libre. De España y de los Estados Unidos».

En la lucha independentista cubana hay dos procesos decisivos: 1) la Guerra de los Diez Años, primera gran guerra independentista cubana, que comenzó el 10 de octubre de 1868 (*Grito de Yara*) dirigida por Carlos Manuel de Céspedes y terminó el 10 de febrero de 1878 (*Paz de Zanjón*); y 2) la segunda y definitiva guerra, cuidadosamente preparada por José Martí y dirigida en lo militar por Máximo Gómez, que comenzó el 24 de febrero de 1895 y acabó en 1898 cuando la explosión, todavía no bien aclarada, del acorazado *Maine* en La Habana desencadenó la intervención de los Estados Unidos, que irrumpen como potencia imperialista poniendo fin al colonialismo español en América.

Al final Cuba sufre un gran desengaño: tras casi un siglo de lucha y después de esos tres años de guerra sin cuartel, la independencia de Cuba se escapa a última hora de las manos cubanas para pasar a las norteamericanas.

La intervención de los Estados Unidos (tan temida y tan anunciada por Martí) puso fin a la larga guerra cubana por la independencia sustituyéndola por la brevísima guerra hispano-norteamericana, que apenas duró dos meses y que en realidad se resolvió en una hora, lo que duró la destrucción de la escuadra española en la bahía de Santiago el 3 de julio de 1898 (españoles: 326 muertos, 215 heridos y 1720 prisioneros; norteamericanos: 1 muerto).

El último capitán general español, Ramón Blanco, propuso al ejército cubano una sorprendente alianza contra los norteamericanos para «mantener libres de un yugo extranjero a los descendientes de una misma raza». Máximo Gómez se negó tajantemente, aduciendo que no «veía el peligro de que Estados Unidos destruyera la nación cubana».

La brevísima guerra hispano-norteamericana terminó con la firma del tratado de paz en París el 10 de diciembre de 1898, por el que España renunciaba a su soberanía sobre Cuba y entregaba Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam (en el archipiélago de las Marianas) a los Estados Unidos. Los cubanos fueron excluidos de las negociaciones del tratado, en cuya firma no hubo ningún representante cubano.

El 1º de enero de 1899 se realiza la ceremonia de entrega del mando de la isla al general norteamericano John Brooke. Ante la salida de las tropas españolas, Máximo Gómez dejará constancia del sentimiento de frustración del pueblo cubano, escribiendo en su *Diario de Campaña* estas significativas palabras:

> *«Tristes se han ido ellos y tristes hemos quedado nosotros; porque un poder extranjero los ha sustituido. Yo soñaba con la paz de España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes soldados españoles, con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla; pero la palabra paz y libertad, no debía inspirar más que amor y fraternidad en la mañana de la concordia entre los encarnizados combatientes de la víspera. Pero los americanos han amargado con su tutela impuesta por la fuerza, la alegría de los cubanos vencedores; y no supieron endulzar la pena de los vencidos. La situación, pues, que se le ha creado a este pueblo, de miseria material y de apenamiento por estar cohibido en todos sus actos de soberanía, es cada día más aflictiva, y el día que termine tan extraña situación, es posible que no dejen los americanos aquí ni un adarme de simpatía».*[4]

El gobierno norteamericano ocupó militarmente y administró la isla hasta el 20 de mayo de 1902 en que se proclamó la independencia. Ese día Cuba nacía oficialmente como república, pero nacía tarada porque la «Enmienda Platt» impuesta a la Constitución cubana de 1901 e incorporada después en el Tratado Permanente entre Estados Unidos y Cuba firmado en 1903, y que Máximo Gómez

---

4 Gómez, Máximo: *Diario de campaña. 1868-1899*. Oviedo: Universidad, 1998. Ver también: Cairo, Ana (ed.): *Máximo Gómez. 100 años*. La Habana: Ed. Ciencias Sociales, 2006.

definió como «eterna licencia convertida en obligación para inmiscuirse los americanos en nuestros asuntos», permitía a los Estados Unidos intervenir militarmente en la isla cuando consideraran subvertido el orden institucional, ocasión que se presentó en 1906 y dio lugar a otros tres años de ocupación militar norteamericana, a los cuales siguieron todavía 50 años más de influencia directa de los Estados Unidos en la política y la economía cubanas, repitiéndose incluso en tres ocasiones más (1912, 1917 y 1920) el envío de marines a la isla.

Una influencia que en cierto modo terminó el 1 de enero de 1959, con el triunfo de la Revolución encabezada por Fidel Castro. Y digo en cierto modo porque lo que terminó fue la influencia en el sentido de «dominio» o «control», pero no terminó la «injerencia» directa de los Estados Unidos en los asuntos de Cuba, cuya máxima expresión se produjo hace ahora 50 años: la invasión de Playa Girón o Bahía de Cochinos el 17 de abril de 1961, cuyo fracaso fue seguido por el recrudecimiento del bloqueo económico, comercial y financiero que había sido parcialmente declarado en octubre de 1960 y se completó en febrero de 1962. Un embargo o bloqueo que sigue vigente pese a haber sido condenado nada menos que en 19 ocasiones por la Asamblea General de las Naciones Unidas, donde en la última votación (el 26 de octubre de 2010) el mantenimiento del bloqueo impuesto por los Estados Unidos contra Cuba sólo tuvo el apoyo de los propios Estados Unidos y de Israel.[5]

Pero por lo que se refiere a las relaciones entre Cuba y España, se puede afirmar que la independencia no significó una interrupción sino una transformación, y no podía ser de otro modo porque a finales del siglo XIX Cuba estaba llena de españoles: se calcula que en los 30 años comprendidos entre 1868 y 1898 (precisamente el período marcado por la lucha independentista) el número de españoles que llegó a la isla ascendió, entre soldados y civiles, a casi un millón de personas, de las cuales tras descontar los muertos en la guerra y los retornados a España, se calcula que dos terceras partes se quedaron en la isla.

El 15 de diciembre de 1899, apenas un año después de terminada la guerra, la prensa cubana publicó una circular emitida por el Círculo de Hacendados azucareros en la que se aseguraba que insulares y peninsulares constituyeron familias durante 400 años y que «el pueblo cubano no hizo la guerra a los españoles: combatió al Gobierno español», añadiendo «y no sólo desea

5 http://www.cubadebate.cu/noticias/2010/10/26/%C2%A1victora-de-cuba-187-paises-apoyan-resolucion-contra-el-bloqueo/ [Fecha consulta: 4 de abril de 2011].

sinceramente que los peninsulares residentes continúen en Cuba sino que, además, acuda el mayor número posible a fecundar con su trabajo este fértil suelo».[6] Y eso fue lo que ocurrió, porque en las décadas siguientes la corriente migratoria española hacia Cuba no hizo sino aumentar, de manera que en la actualidad es hasta difícil encontrar alguna familia cubana que no tenga algún español entre sus antepasados cercanos.

Es la idea que sintetiza muy bien el profesor Moreno Fraginals en el párrafo con el que concluye la obra que mencioné al comienzo de mi intervención y que sirve muy bien para finalizarla y dar paso a la siguiente:[7]

> «El hecho concreto fue que la guerra de Independencia y la intervención norteamericana en Cuba levaron hacia la definitiva separación política de Cuba y España, pero no cercenaron el proceso de españolización de la sociedad cubana. Es después de proclamada la república de Cuba que las sociedad regionales españolas alcanzaron su más alto nivel, los anarquistas españoles dominaron el movimiento obrero cubana (especialmente en el tabaco), se fundó la Hispano Cubana de Cultura, y el *gallego* siguió siendo el personaje clave del teatro vernáculo cubano. La estatua de José Martí, que encendió la guerra y declaró que no era contra su padre valenciano ni su madre canaria, quedó en una plaza limitada, entre otros edificios, por el Centro Gallego, el teatro del catalán Payret, el Centro Asturiano, y la españolísima Manzana de Gómez».

Se trata de la bonita plaza conocida hoy como Parque Central, donde sigue estando el imponente edificio del antiguo Centro Asturiano, una joya arquitectónica construida en la tercera década del siglo XX, que desde el año 2001 es una de las dos sedes del Museo Nacional de Bellas Artes. Pero muy cerquita, en el inmediato Paseo del Prado, se encuentra el actual Centro Asturiano de La Habana, del que Antonio Mesa nos hablará a continuación.

Muchas gracias.

Edificio del Centro Asturiano de La Habana

6 Moreno Fraginals, *Cuba/España*, pág. 292.

7 *Ibidem*, págs. 299-300.